

Claves para hacer fracasar la enseñanza de lenguaje y literatura¹

Todo aquel que posee un saber por lo general cree que tiene el poder de enseñarlo a los demás.

Esta forma de transmitir el saber parte en esencia de una enseñanza basada en dar respuestas.

Por Raquel Barthe²

El maestro busca los interrogantes en orden cronológico desde los orígenes y concentra sus esfuerzos en la repetición de las respuestas encontradas o recibidas de otros maestros sin hacer cuestionamientos propios.

El alumno recibe de esta manera una sucesión ordenada de respuestas a preguntas que jamás se planteó y que, por tanto, carecen de interés o de sentido para él. Lo peor de todo es que el alumno sólo aprenderá a codificar soluciones para problemas ya conocidos, respondiendo a un modelo que comienza por la teoría para llegar a la práctica.

El verdadero aprendizaje parte de la necesidad del sujeto que se plantea un interrogante y busca la respuesta. Parte del yo, aquí y ahora para seguir un camino interminable donde cada respuesta plantee una nueva pregunta llevando a quien se interroga cada vez más lejos y, al mismo tiempo, más cerca de los orígenes sin poder detenerse.

Atendiendo a lo dicho anteriormente, se concluye que el «buen maestro» es quien busca ayudar a sus alumnos a formularse preguntas, indicándoles el trayecto del camino personal porque sabe que no es «el maestro quien enseña», sino «el alumno quien aprende».

¿Qué sucede con la literatura?

El hecho de no comprender esta realidad ha dado lugar a tediosos e inútiles programas de historia y literatura —entre otros— donde el alumno pierde no solo el interés, sino también el gusto por la materia que se pretende enseñar y, en lugar de convertirse en un permanente lector o investigador, se aleja para siempre del campo histórico o literario.

Si nos detenemos en la etapa inicial, es fácil observar que los niños, lectores en potencia en la etapa previa a la alfabetización se sienten fascinados escuchando cuentos y hojeando libros, sin embargo, cuando aprenden a leer y pueden hacerlo solos, van perdiendo poco a poco el goce

que la lectura les brindaba e incluso dejan de ser lectores. La mayoría de los adolescentes se transforman en adultos que no quieren saber nada de literatura clásica o de historia antigua.

En el caso específico de los niños, no se respeta lo que se estudia acerca de la psicología evolutiva de los mismos y, en la práctica se aplica muy poco de lo aprendido en las universidades. El mismo problema se observa en la literatura infantil que en muchas oportunidades se pone al servicio de la pedagogía, la didáctica, la política o la misma psicología, con lo cual pierde su función literaria, función que permitirá que los niños sean futuros lectores.

Por otra parte, no se aprovecha el conocimiento de los intereses propios de cada etapa para que el educando se formule sus propios interrogantes que pueden enriquecerlo en una búsqueda de respuestas que sirva para ayudarlo a superar esas etapas de manera madura, conectándolo con la realidad circundante y permitiéndole salir de su egocentrismo. Por el contrario, se intenta interesar al niño en temas que aún no puede comprender porque, la mayoría de las veces están demasiado alejados en el tiempo y en el espacio y, comprenderlos, absorbería todo el esfuerzo y la energía que necesita en ese momento para poder crecer. Aparece así una lectura ideal y ejemplificadora a la cual resulta dudoso denominar «literatura».

En casi todas las áreas se intenta llegar a la práctica a partir de la teoría. Este camino parecería ser el más corto y el más rápido. Esto no es cierto. Solo ante el deseo de hacer algo, estamos dispuestos a aprender como hacerlo. Aprendemos, igual que los niños, gracias a nuestros errores, reformulando constantemente nuevas hipótesis y buscando teorías que nos ayuden a lograrlo.

En el caso especial de la lengua, debemos respetar el proceso natural: el niño aprende a hablar, luego a leer y, por último a escribir. No escribe quien no lee y solo ante las dificultades

que presenta la escritura una persona se interesará por la teoría.

Aun hoy, cuando se pretende enseñar la lengua en sus diferentes planos —semántico, sintáctico y morfológico—, el proceso se realiza mediante ejemplos que, la mayoría de las veces, son extraídos de textos literarios, pero que según como sean utilizados por el docente, servirán para alejar o acercar al alumno a la literatura y a la lectura en general. De la misma manera, el deseo de expresarse por escrito puede verse afectado por una enseñanza inadecuada; es por eso que nos hallamos frecuentemente ante adultos que, a pesar de haber aprendido a leer y de haber estudiado literatura, no son lectores y, aunque poseen la teoría y técnica apropiada para una correcta expresión escrita, prefieren no escribir ni leer y se transforman, poco a poco, en «analfabetos por desuso» que entran también en la categoría de analfabetos funcionales.

Si bien es cierto que dentro de este grupo están comprendidos aquellos que nunca completaron el aprendizaje de la lecto-escritura, también es verdad que una buena parte del grupo está conformado por sujetos que aprendieron mediante una enseñanza sistematizada y formal pero que no lograron continuar desarrollando la capacidad adquirida a lo largo de toda la vida, es decir, la fueron perdiendo hasta caer en «desuso».

Esto nos lleva a reflexionar acerca de los planes de estudio de las escuelas de nivel primario, secundario y, a veces, universitario.

Con sentido autocrítico deberíamos analizar este fenómeno y promover los cambios necesarios para hallar soluciones en lugar de aferrarnos a lo actual, culpando de nuestros fracasos docentes a la familia, la sociedad, la situación económica o a la televisión.

¹ Tomado de la Revista digital Bitácora.
www.bitacora.net

² Docente de literatura de nacionalidad argentina.

